

DIPLOMA SUPERIOR EN

CIENCIAS POLITICAS

CON MENCIÓN EN ASUNTOS LATINOAMERICANOS

FLACSO-ECUADOR 1987-1988

T E S I S: EN BUSCA DEL PUEBLO PERDIDO:
EL PROCESO DE DIFERENCIACION DE LA IZQUIERDA
MARXISTA ECUATORIANA DURANTE LA DECADA DEL
SESENTA, ANALIZADO A TRAVES DEL DISCURSO
POLITICO.

ADRIAN BONILLA

DIRECTORA: Amparo Menéndez Carrión

LA DIFERENCIACION DE LA IZQUIERDA MARXISTA EN LOS AÑOS SESENTA

C O N T E N I D O

PREFACIO

INTRODUCCION

I. PERSPECTIVAS TEORICAS ACERCA DEL DISCURSO POLITICO

1. Saussure y Roland Barthes

2. Foucault

3. Laclau, Veron y de Ippola

4. Conclusión

II. LA RUPTURA DISCURSIVA DEL SESENTA, ANTECEDENTES Y CONTEXTO LATINO-AMERICANO

1. Socialismo y Comunismo. Antecedentes Generales

2. La diferenciación en América Latina

3. Conclusión

III. LAS VERTIENTES DE LA IZQUIERDA ECUATORIANA EN LOS AÑOS SESENTA

1. Descripción de las dinámicas

2. Conclusión

IV. LOS OBJETIVOS DEL DISCURSO. LOS PUNTOS DE ESCISION

1. La caracterización de la sociedad

2. Los sujetos del proceso de transformación

3. La vía de la revolución

4. Conclusiones

V. CONCLUSIONES GENERALES. FUNCIONES DEL DISCURSO Y PROSPECCION

1. La producción de la creencia en la percepción de la sociedad

2. Una perspectiva desde el sistema interamericano

3. Elementos para la consideración de las expectativas el discurso
de contestación y violencia.

APENDICE METODOLOGICO

BIBLIOGRAFIA

C A P I T U L O I I I

LA IZQUIERDA ECUATORIANA EN LOS AÑOS SESENTA Y SUS VERTIENTES

1. INTRODUCCION.-

La izquierda marxista ecuatoriana sufre, durante la década de los sesentas, un intenso proceso de diferenciación política a partir de la Revolución Cubana que se refleja en las transformaciones del discurso político, y que da origen a varias vertientes, las mismas que proviniendo de un mismo pasado político adquieren identidades distintas respecto de hechos y referentes atinentes no sólo al desarrollo de la formación social ecuatoriana, sino a fenómenos que atravesaban el escenario mundial y particularmente el latinoamericano.

Desde esta perspectiva, la izquierda ecuatoriana presenta analogías con el desarrollo y evolución de sus similares del continente latinoamericano, en la medida de que las influencias a que estuvieron sujetas fueron comunes y a que el momento histórico en el que estas manifestaciones ocurren, ofrece estímulos semejantes. Este hecho se explicaría tanto por la existencia de una realidad estructural y política relativamente análoga, cuanto porque el desarrollo de la propia izquierda tiene varios puntos de contacto y orígenes comunes. (71)

(71) (Ribeiro, 1982; Lechner, 1986, Moulian, 1986)

Sin embargo, es necesario señalar que, al igual que en otros casos latinoamericanos, la forma como este proceso de diferenciación se desarrolla tiene particularidades y especificidades propias del escenario político ecuatoriano. Si bien la ruptura del discurso tradicional y la estructuración de nuevos enunciados toma referentes comunes, este proceso se ve filtrado en el Ecuador por elementos tales como regionalidad, debilidad institucional del sistema político cuyas consecuencias son **hegemonías** levantadas en base a prácticas clientelares o patrimoniales (Menendez Carrión, op.cit.) que ofrecen características propias a los partidos y a las dinámicas políticas (72).

La diferenciación del discurso político de la izquierda ecuatoriana asumiría como referentes centrales, a nivel externo:

- La revolución cubana
- La ruptura sino-soviética
- La guerrilla Latinoamericana

A nivel interno:

- La actualidad del discurso de la revolución
- La posibilidad de la participación política violenta.

(72) (En contexto de precariedad estructural los secotes subordinados de la sociedad se constituyen en una ética de autopromoción utilitaria que es funcional a sus requerimientos de reproducción y sobrevivencia. De hecho las condiciones que esto supone es la erección de un sistema de dominación sustentado en la coerción, y eventualmente, en la violencia estructural. Estas características engendran un sistema político constituido en redes que operan distribuyéndose recursos materiales y políticos mediante dispositivos informales que rebasan ampliamente la legalidad e institucionalidad, la consecuencia es que dichos sistemas políticos son débiles y se fundamentan en

- La caracterización de la formación social y consecuentemente el tipo de instrumentos orgánicos, así como los objetivos propuestos.

A partir de orígenes y prácticas distintas, pero con referentes comunes, la discusión de la izquierda habría de identificar durante los años sesenta tres corrientes principales de pensamiento. Una comunista, que con algunas modificaciones se construiría en la continuidad de la tradición de la corriente que en los momentos fundacionales del marxismo ecuatoriano se articularía a la Comintern; una maoista, desprendimiento de esta última, cuyo discurso asimilaría los términos principales del cisma sino-soviético; y una socialista radical, provenientes tanto del PC como del viejo PS, orientada hacia la referencia cubana, con un discurso insurreccionalista, y una táctica que no admitía la transformación por etapas, formulada por Lenin para la Rusia zarista y aceptada por las otras corrientes para estas realidades.

Hay elementos que permiten considerar la formación en este período de una cuarta corriente, que originándose en este mismo punto de ruptura, no se identificaría sino hasta diez años después, cuyas características se definirían por su adscripción a prácticas políticas que admiten la violencia como forma usual de participación política.

La diferenciación de las corrientes marxistas ocurridas durante los años sesenta se levanta sobre contradicciones endógenas, que se cata-

hegemonías precarias e inestables. (Cfr. Amparo Menéndez Carrión, 1986, primera y segunda parte; 1988).

lizan en ese período y que le son previas. Sin embargo, es a partir de el quiebre perceptual que implica la guerrilla catrista en que se evidencian con fuerza al interior de las organizaciones, alrededor de una serie de prácticas impulsadas por dirigentes y militantes en contra de sus direcciones.

Las circunstancias de la realidad ecuatoriana son aprovechadas y todos los espacios de participación política del marxismo se utilizan para la consecución de objetivos que son principalmente internos. Este proceso es especialmente notable al interior del Partido Comunista, puesto que el socialismo, dividido y fragmentado casi hasta su liquidación a cuenta de su tradición institucionalista y electoralista, no es el espacio central en el que se puede observar el proceso de diferenciación del marxismo durante los años sesenta, período en el cual se constituyen los discursos centrales de las tendencias que permanecen hasta la actualidad.

2. EL PROCESO DE CONSTITUCION ORGANICA DE LAS VERTIENTES.-

La Revolución Cubana acontece en momentos en que una nueva generación de mandos medios se constituye en el Partido Comunista, mientras que en socialismo las tensiones internas fracturaban al partido, y las posiciones más radicales encontraban puntos de concentración.

Philip Agee, uno de los responsables de la Estación Ecuador de la CIA, con la información de dicho organismo a propósito de la izquierda

marxista, en momentos en que los Estados Unidos intervienen en América Latina para forzar decisiones en su contra, describe a ambas organizaciones en octubre de 1960, del siguiente modo:

"Partido Comunista del Ecuador (PCE). La estación calcula que el PCE cuenta con alrededor de 1000 miembros y con cerca de 1000 miembros adicionales de la JC. Casi todos los miembros residen en Guayaquil. Con respecto a las recientes diferencias chino-soviéticas, los dirigentes nacionales apoyan a los soviéticos, aunque algunos líderes del PC en la Sierra, particularmente en Quito, comienzan a inclinarse hacia la más militante posición china (...). La fortaleza del PCE, sin embargo, no es mensurable en términos de popularidad electoral sino más bien de su fuerza dentro de las organizaciones de trabajadores, estudiantes y organizaciones juveniles, en las cuales su influencia es poderosa.

Partido Socialista del Ecuador (PSE). Aunque mucho más grande que el PCE, el Partido Socialista ha cooperado por muchos años con los comunistas en el liderazgo del movimiento obrero. Recientemente, los socialistas se dividieron en un ala derecha que formó alianza con el Partido Liberal durante la campaña fracasada de Galo Plaza este año, y en un ala izquierda que votó por el PCE y CFP". Debido a su apoyo a la revolución cubana y sus principios revolucionarios violentos, los socialistas de izquierda son peligrosos y hostiles a los intereses de los Estados Unidos. Sus éxitos, sin embargo, se limitan al movimiento obrero y a círculos intelectuales. (73)

Como resultado de las tareas operativas de la campaña de Antonio Parra y Benjamín Carrión (Ex-rector de la universidad de Guayaquil y cercano al PC, el primero; uno de los más destacados intelectuales ecuatorianos y socialista, el segundo, ambos apoyados nominalmente por la máquina clientelar CFP, populista en su interpelación discursi-

(73) (Agee, Philip, LA CIA EN EL ECUADOR, se, sf, sl, p.p.60-61. A todas luces la edición consultada es una publicación "pirata" de la parte correspondiente a Ecuador del libro INSIDE THE COMPANY, escrito por el ex-agente en Londres en 1974).

va, que haría campaña bajo cuerda por Velasco (74), el PC convoca a las otras organizaciones de la alianza a estructurar un amplio movimiento juvenil, que da cabida a sectores no vinculados a los partidos y que además tenga cierta autonomía respecto a ellos. Este frente sería URJE "Unión Revolucionaria de Juventudes Ecuatorianas".

Efectivamente, en 1959 URJE logra ampliar la inserción de la izquierda marxista sobre todo entre los estudiantes y empieza a vehicular las inquietudes que dentro de los propios partidos tenía la militancia, básicamente motivada por la Revolución Cubana. Sin embargo, el control político, debido entre otras causas a su capacidad orgánica lo tenía el PC (Cfr. Entrevista # 4). Pronto las tareas electorales fueron subordinadas a las necesidades de expresión política y a las de solidaridad y apoyo al proceso del Caribe. La estación local de la CIA calculaba en más de un millar sus miembros y sospechaba que varios de sus dirigentes habían viajado a Cuba para recibir entrenamiento. (75)

URJE sería, de otro lado el espacio privilegiado, donde fuera del partido, los militantes de izquierda tuvieron un punto de encuentro y de activismo que potenciaría la dimensión de la crítica a la estructura de aquel tiempo de sus organizaciones.

(74) (Ver Menéndez-Carrión, op.cit., caps. 7,8 y 10)

(75) (Agee, p.p.63)

Del mismo modo, el contacto internacional relacionaría a los marxistas ecuatorianos con proyectos insurreccionales en marcha en otros países, a la par que abriría una oportunidad para confrontar indirectamente las contradicciones de los debates internos. URJE será también el espacio político en donde se dará la diferenciación de la izquierda de los sesentas, proceso que tuvo, sin embargo, vías distintas en las dos vertientes.

El partido socialista confrontaría las tensiones arrastradas por cerca de 15 años, luego del fracaso de la "Gloriosa", entre las distintas formas de participación. Esto se resuelve básicamente a partir de la definición del apoyo electoral. El grupo que va tras Plaza y los liberales no dejará de ser un satélite de esa corriente y **fene-**cerá definitivamente cuando la última dictadura de Velasco (1971). Aquel que se involucró con cefepistas y comunistas, fue permeado por el proceso de URJE sólo en sus corrientes más radicales, que poco tiempo más tarde adoptarían el nombre de "Socorrismo Revolucionario", propondrían una línea política sumamente radical y -sobre todo- abrazarían el "leninismo" como discurso político. Este último sector operaba en espacios sociales muy parecidos a los del PC y su analogía con los "socialismos radicalizados" de América Latina fue evidente.

Hubo sin embargo, una corriente de la izquierda del PSE del 60, más institucionalizada e inscrita en dinámicas de poder regionales que no confluyó al espacio radical y que, en un alejamiento pacífico bajo el nombre de "Socialismo Unificado" persistirá hasta el nuevo

reencuentro en los ochentas portando la legitimidad del Partido(76).

Por su parte, el Partido Comunista si bien tuvo en URJE una posibilidad de expansión en momentos en que se desataba una violenta cruzada en su contra, desde la derecha política y del Estado y con el asesoramiento del gobierno estadounidense, tuvo también allí el mismo escenario que sus partidos fraternos de América Latina: militantes que cuestionaban sus prácticas burocráticas y que apelaban a la necesidad de desarrollar estrategias armadas, quienes en su primer momento serían los mismos que apoyaban una línea pro-china.

Es así, como la disciplina del PC es violada varias veces desde la operatividad de URJE: cursos de preparación político-militar fuera del Partido; contactos internacionales sin conocimientos de las estructuras de dirección; decisiones procesadas al margen de las vías regulares, son prácticas constantes que se posibilitan precisamente porque el PC pensó a URJE como un frente que, influido por el y contituido por sus activistas, tenga un manejo autónomo.(77)

La detención de algunos dirigentes comunistas en operaciones relacionadas con la posibilidad de brotes guerrilleros (Rafael Echeverría y Jorge Rivadeneira, dirigentes del Comité Provincial de Pichincha en 1961, entrenados por un argentino en tránsito a Cuba llamado Adiego Francia; José María Roura, trayendo 25.000 dólares de China, en 1963, para citar sólo dos de los más importantes casos), eviden-

(76) (Ibid)

(77) (Agee, op.cit; entrevistas 1 y 2)

ciaba la construcción de una o varias fracciones que claramente se diferenciaron por motivos políticos e ideológicos y que producían ya un nuevo discurso.

Sin embargo un hecho central pondría al descubierto el agitado ambiente político al interior de las organizaciones de izquierda, particularmente del PC: el intento de construir un brote guerrillero liderado por el dirigente comunista de Pichincha Jorge Rivadeneira, que se conocería en adelante como "Las Guerrillas del Toachi" por la ubicación del foco, a 200 Km. de la Capital. El hecho en sí no tuvo mayores implicaciones militares. Los jóvenes revolucionarios no duraron ni 48 horas. El ejército, enterado de la localización del campamento, montó un operativo que permitió capturar a casi todos los involucrados sin disparar un sólo tiro y la cosa no pasó de allí.

Sería al interior de las fuerzas relacionadas con la aventura en donde el ridículo cobraría implicaciones importantes de carácter político. Las acusaciones sobre la dirección provincial de Pichincha fueron inevitables y revelaron públicamente las contradicciones que se arrastraban desde 1959, y sirvieron, además, para identificar las posiciones que más tarde constituirían las tendencias fundamentales de la izquierda marxista.

Efectivamente, obligado a dar explicaciones, el PC y el provincial de Pichincha eludieron cualquier responsabilidad en el acto. La

dirigencia nacional de los comunistas porque no tenía control sobre el manejo de la política al interior de URJE por parte de los mandos medios, y no asumía el modelo armado como política del Partido; y el Comité de Pichincha porque habría estado en manos de la tendencia maoísta, que tampoco asumió orgánicamente el proyecto del Toachi, pese a que las instancias superiores y regionales del PC tenían conocimiento de lo que se estaba fraguando. (78)

El asunto terminaría resolviéndose, por aquel momento, con la sanción a Jorge Rivadeneira y otros dirigentes, y la posterior ruptura de URJE. Las acusaciones giraron en torno a \$ 40.000 donados por Cuba que fueran mal invertidos en la operación, pero esa ruptura fue solamente el prólogo para la conformación orgánica de la corriente maoísta y de la izquierda socialista y radical.

En términos políticos, para la corriente maoísta, las contradicciones con la línea del PC cobran un sentido total a partir de 1959:

"De 1959 a 1963, la lucha ideológica en el interior del Partido giró fundamentalmente en torno a la adopción o no de una línea revolucionaria (el subrayado es original), en torno a colocar o no la consigna de la toma del Poder Político por la clase obrera y sus aliados como la tarea actual e inmediata y en torno a la vía de la revolución en el Ecuador". (79)

El referente que cataliza las desavenencias es, también para esta corriente, la Revolución Cubana (Ibid, p.65), que significa en el

(78) (Entrevista 3).

(79) (PCMLE, 1979, 62)

debate interno, la fundamentación de la Revolución como hecho posible, latinoamericano y actual, así como la reflexión sobre las formas que ese objetivo conlleva. Sin embargo la teoría, que es abundante, tiene finalmente un eje que sintetiza o esquematiza los puntos de diferencia con las direcciones tradicionales: la lucha armada (80).

Respecto de lo que en ese entonces significó una línea revolucionaria para los maoistas, independientemente de las diferencias en torno a la caracterización de la formación social, las fuerzas de la revolución, etc, estaba presente un elemento de confrontación de profundo significado simbólico: era un problema de actitudes, de conductas ante la situación, de representaciones visualizadas en prácticas ante la sociedad, antes que de diferencias programáticas, lo que sustentaría las distintas interpretaciones del marxismo que justificarían la ruptura y posterior fundación de un nuevo partido, la línea revolucionaria pretendida tenía que ser "actual e inmediata" y "la única manera de tomarlo es organizando la insurrección armada popular" (81).

Estas circunstancias condujeron, finalmente, a la ruptura de la tendencia maoista que recoge la argumentación política China y el pensamiento de Mao Tse Tung en la interpretación del marxismo. En 1962, un Congreso del PC, realizado en marzo asume las posiciones

(80) (Entrevistas 1, 2, 3; PCMLE, 1979, 62-71).

(81) (Ibid, p.66)

de la radicalidad y proclama la vía armada como la forma de la revolución en el Ecuador, sin embargo la gran mayoría del Comité Central es elegida de entre las filas adictas a la dirección tradicional, asentada en Guayaquil, de Pedro Saad; un año después, en marzo de 1963 un pleno del Comité Central reconoce "restraso en la salida a la crisis" y apenas dos meses luego, en mayo de ese mismo año, un nuevo pleno resuelve la reorganización del Comité Provincial de Pichincha, la expulsión de José María Roura, el dirigente al que la policía había atrapado acusándolo de traer \$25.000 desde Peking ese mismo mes, y la suspensión de Rafael Echeverría, secretario del Comité de Pichincha y líder de la tendencia maoísta.

Un elemento adicional de las circunstancias de la ruptura fue las acusaciones vertidas sobre la dirección del PC respecto de relaciones y vínculos conspirativos que se habrían mantenido con organizaciones y personas involucradas en el golpe de Estado del 11 de julio de 1963 que derribó a Carlos Julio Arrossemena e instauró un gobierno militar. (82)

Las desaveniencias dentro del PC son el punto de inflexión dentro de la izquierda marxista. Sin duda el Partido Socialista tenía una influencia social más extendida pero su propia constitución heterogénea y una práctica política volcada primordialmente hacia

(82) (Entrevista 3, PCMLE, 1979, 69)

el ámbito institucional crearon condiciones que no le permitieron erigirse en la fuerza protagónica de las transformaciones discursivas. La escisión de la fracción radical y pro-cubana no pasa por la reformulación del pensamiento partidario sino por hechos de la coyuntura, de modo que el proceso de la adopción de un nuevo discurso es más bien interno. En el PC, al contrario, el fenómeno es observable prácticamente desde el año de 1957 y es análogo a aquel que la izquierda marxista latinoamericana sufre a lo largo del continente.

Efectivamente de los "Lineamientos Programáticos" de 1957, en donde se dice: "Dadas las condiciones actuales del Ecuador las transformaciones socialistas no son inmediatas" (83), al VII Congreso que plantea que "La transformación revolucionaria del Ecuador no puede alcanzarse por vía pacífica" (84), hay un salto que solamente puede ser explicado por la conjugación de factores internos y externos que revelan una dinámica contradictoria en el desarrollo mismo de la organización partidaria.

Desde la visión del PC, una vez que los hechos habían concluido con la separación del grupo maoísta, éste último habría sido la expresión de una posición aventurera, negadora del papel protagónico de la clase obrera, con una conducta abiertamente provocadora (85).

(83) (Saad, T. IV, 270-271).

(84) (Saad, T.V., 55).

(85) (Saad, Tomo V, p.200 yss).

Finalmente, en agosto de 1964, luego de casi un año de saldar cuentas en los organismos regionales, se funda el Partido Comunista Marxista Leninista del Ecuador (PCMLE), al mismo tiempo que casi diez organizaciones hermanas en América Latina, desprendidas de un proceso similar de ruptura respecto de los PC. Su entorno no escapa a la confrontación mundial de ejes ideológicos. Este nuevo partido mantiene sus lazos con Cuba y esgrime a esa revolución como uno de los paradigmas de la ruptura. El distanciamiento sería, incluso, tardío a la exclusión del maoísmo de la OLAS, y los vínculos de sus dirigentes continuarían siendo canales de asistencia ideológica y material para quienes se reclamaban como la insurgencia ecuatoriana. (86)

Otra vertiente, de importancia similar, se gesta en medio de estas contradicciones. La ambigüedad orgánica de URJE es el espacio donde los puntos de quiebre político y discursivo toman forma orgánica. Las primeras escuelas de formación de cuadros militares, si bien impulsadas por los dirigentes maoístas, convocan a militantes y dirigentes del PC, especialmente de la juventud, cuyo referente es la revolución como idea central, y subsecuentemente el proceso cubano y la vía armada. De hecho en el brote del Toachi no pudo haber habido exclusión del Comité Provincial de Pichincha, aunque sea por inacción. Jorge Rivadeneira, la figura principal, es un aliado político de los maoístas en la lucha contra la dirección tradicional;

(86) (Agge, op.cit.p.285 y ss.; entrevistas 2 y 3).

algunos participantes habrían sido, a la postre, militantes del PCMLE, sin embargo esta corriente no usa el instrumental teórico de Mao para la confrontación, como elemento fundamental, la visión habría estado orientada más bien hacia una relectura de los clásicos marxistas y a la experiencia cubana, y su producción discursiva.(87)

El proceso seguido por esta vertiente encontró distintos cauces. Varias organizaciones filocastristas se constituyen en todo el país, con propuestas más o menos afines. A diferencia del ML, los cortes ideológicos no tienen una base tan claramente regional, ni tampoco resultan una continuidad orgánica que incide profundamente en el PC. El caso más representativo de esta vertiente es el MIR. Movimiento de Izquierda Revolucionaria, cuyas proposiciones no se diferenciaban mucho de otras agrupaciones como el VM, Vencer o Morir, con orígenes prácticamente idénticos.

Las contradicciones del PC fueron, igualmente, canalizadas a través de la práctica política de URJE. Algunas experiencias comunes en el terreno de la conspiración fueron planificadas y compartidas, por todas las vertientes disidentes, sin embargo las identidades irían diferenciándose en la medida que la tendencia maoista se sustentaba en una divergencia de corte mundial en el campo comunista. En el Ecuador el fracaso del Toachi es el elemento detonante de la separación de aguas. Como se ha descrito, tanto el Comité Central

(87) (Cfr. Entrevista 3)

como del Pichincha, eluden responsabilidad de las filas del Partido y la ruptura al interior URJE, organización que continúa, pero desprendida del PC, y que sirve de matriz para la génesis de nuevos proyectos políticos.

En el caso del MIR, por ejemplo, una disidencia de la juventud Comunista decide separarse del Partido, desencantada por el curso de los acontecimientos y la actitud frente al Toachi. El grupo más fuerte, establecido en Pichincha, pronto toma contacto con otra disidencia guayaquileña y con un grupo manabita filomaoísta y en un proceso de unidad que dura algo más de un año la organización existe desde 1964. Sus distancias con el PC se remiten también a la evaluación de la Revolución Cubana, a la posición sobre la lucha armada, a la conducta política frente a la institucionalidad, pero además, como elemento central, que definirá la vertiente durante casi 15 años a las consideraciones sobre la formación social. Mientras el PC define una táctica centrada alrededor de la constitución de un "Frente de Liberación Nacional" cuyas tareas eran ampliar la participación política de las masas a fin de crear las condiciones necesarias para la revolución socialista, puesto que el Ecuador era concebido como un país con grandes rezagos feudales, con soberanía hipotecada al "imperialismo norteamericano" y con un sistema político no democrático. (88)

(88) ("Resolución del Pleno Comité Central del PC", septiembre 1965, en: Saad, 1977, pp. 197-241; "La revolución ecuatoriana y sus características, en: Saad, T.IV, pp. 259-368.)

De otro lado el PCMLE asume prácticamente sin beneficio de inventario las tesis de Mao para concebir a China pre-revolucionaria, que son prácticamente las mismas de la Konintern de 1928 para los países atrasados: semifeudal, semicolonial, la revolución pretendida, por tanto, debía ser antiimperialista y antifeudal, pero en todos los documentos de dicho partido hay un énfasis especial en situar la problemática como algo inmediato y dependiente de la voluntad política de los portadores de esa ideología, una diferencia sutil, pero importante con el PC se daba en la visión de las etapas y de las tareas de las fuerzas sociales apeladas en términos "ininterrumpidos":

"La revolución democrático-burguesa en el Ecuador no será una revolución democrático-burguesa de viejo tipo, será una revolución de mocrática de nuevo tipo; una revolución de nueva democracia, dirigida firmemente por el proletariado a través de la alianza obrero-campesina, que movilizará a todos los sectores revolucionarios y patriotas, que cumplirá el programa antifeudal y antiimperialista y que avanzará ininterrumpidamente hacia el socialismo". (89)

El MIR, por su parte, se constituye proclamando la "Revolución socialista" como meta inmediata, alrededor de tácticas insurreccionalistas que en una primera etapa admiten abiertamente las tesis del "foco" guerrillero diseñadas por Debray. Sin plegar a este movimiento, otras organizaciones izquierdistas ecuatorianas siguen sendas muy parecidas en los discursivo (90).

(89) (PCMLE, Línea General de la Revolución Ecuatoriana, 1970, sl.p. 91. Este documento, producto de un evento nacional de dicho Partido es una síntesis de algunas resoluciones y documentos elaborados desde la fundación. La línea política durante esos años no sufre ningún cambio importante).

(90) (P.e. el "último" URJE o VM).

Con una experiencia distinta, la fracción radical del Partido Socialista, constituida en un proceso previo de disolución del antiguo Partido luego del fracaso de la campaña electoral de 1960, y de la escisión de por lo menos cuatro grupos importantes, llamada Partido Socialista Revolucionario Ecuatoriano, bajo el liderato de uno de los más notables ideólogos marxistas del Ecuador, Manuel Agustín Aguirre, desarrolla las tesis expuestas por él en 1951 y define, probablemente en forma más temprana que cualquier otra agrupación marxista al Ecuador como un país capitalista atrasado y dependiente (91), y por lo tanto a la revolución como socialista. Sin admitir directamente las tácticas insurreccionalistas, éste Partido se relaciona con las otras organizaciones de lo que se ha definido como "socialismos radicales".

Hay, sin embargo de las tres vertientes observadas, la posibilidad de inferir una cuarta que, involucrada en las corrientes principales parece asumir una identidad propia más allá de los discursos, en cuya configuración, sin duda, participa. Una corriente abiertamente subversiva cuyas implicaciones superan el momento de ruptura discursiva, puesto que, integrándose en esos términos a la tendencia radical y socialista, supone la consideración de la participación política violenta como sello de identidad, por encima de consideraciones que atañen a la historicidad de la izquierda marxista, o a los propios

(91) (Cfr. Aguirre, op.cit.)

supuestos del marxismo como discurso político.

Esta vertiente tiene un momento de constitución similar y una explicación análoga a de otros grupos latinoamericanos. Sin embargo posee además un punto de diferenciación respecto de las otras agrupaciones que se expresa en las distintas maneras de asumir el curso histórico del discurso marxista partidario.

Efectivamente, si la ruptura obedece a la distancia del pensamiento tradicional izquierdista en relación con hechos concretos, tales como la Revolución Cubana, y la posibilidad de levantar prácticas transformadoras en el contexto del Ecuador de aquellos años, la diferenciación de las vertientes izquierdistas terminará remitiéndose a las consideraciones teóricas sobre la formación social y consecuentemente a los instrumentos orgánicos e ideológicos que esas fuerzas propugnan. Sin embargo esta corriente no llegaría a ese punto de definición y situaría sus prácticas siempre en el referente de lo violento, articulando una serie de enunciaciones a un problema que no dejará de ser de actitudes.

Prácticas de participación violenta en los sesenta tardíos tendrán organizaciones como el MIR, el VM y una sección del PSRE conocida como el "Tercer Frente".

El movimiento Vencer o Morir, generado desde el espacio de URJE terminaría disolviéndose hacia principios de los años setenta.

Sus militantes, que admitían la doble afiliación, terminarían absorbidos por fuerzas parecidas en términos del discurso: el MIR y el PSRE. (92)

El MIR sufre la historia típica de los socialismos radicales ecuatorianos. De las acciones de propaganda armada del principio, intenta establecer frentes rurales que fracasan, para terminar aislada de las fuerzas sociales que convoca (básicamente estudiantes), una vez que cambian las condiciones del sistema político, cuando comienzan las dictaduras de los años setenta. Un momento de quiebre discursivo le sobreviene, abandona el foquismo y el carácter militar de la organización, si bien queda en los documentos, no sigue reproduciéndose para los años setenta.

El PSRE, fracción del antiguo socialismo, asume todas las modificaciones discursivas de la década del sesenta, pero no será sino hasta los años finales en que emprenda acciones subversivas, como Partido, puesto que algunos de sus militantes, tanto en URJE como en organizaciones tipo MIR, tenían algunas experiencias. El caso es que un proyecto partidario relativamente autónomo se organiza dentro de esta organización para desarrollar este tipo de prácticas. Es el "Tercer Frente". (El Primero y el segundo fueron el laboral y estudiantil, respectivamente, cuyas principales acciones se desarrollarían durante los años 70, 71 y 72).

(92) (Entrevista 1)

Hacia finales de los años sesenta se lleva adelante un proyecto de unidad militar entre el MIR, y el VM y el "Tercer Frente" del PSRE, cuyas direcciones, inspiradas en las experiencias similares latinoamericanas fundan el Frente (o Movimiento) de Liberación Nacional "Rumiñahui"; estructura que con una dirección conjunta habría ejecutado algunas acciones destinadas a levantar un movimiento guerrillero de alcances nacionales en el Ecuador. Cada una de las organizaciones constituyentes mantenía su autonomía organizativa y a cada una de ellas se la asignaban tareas específicas. De esta experiencia, sin embargo, sería el PSRE la organización más activa. De hecho, a la postre este frente fue el vínculo para que algunos activistas que antes pertenecían a las otras organizaciones, terminarían vinculándose al partido.

El Movimiento Rumiñahui no duraría mucho pero fue el antecedente más importante de la experiencia guerrillera de los socialistas revolucionarios, algunos de cuyos dirigentes serían apresados en 1972, acusados de ser los responsables de una ola de asaltos en el Ecuador.

Por los mismos años, articulado a antiguos militantes del VM, muere en una emboscada policial el médico colombiano Jaime Velázquez García, dirigente nacional del ELN, quién habría estado aparentemente en el Ecuador organizando un movimiento insurgente.

Estos antecedentes pueden demostrar la existencia de una tendencia

subterránea, nacida dentro de la izquierda marxista, pero que en los años anteriores se diferenciara de su tradición, que propugna la participación política violenta como forma fundamental de práctica política. La identidad orgánica de esta corriente es difícilmente discernible en los primeros años, pero parece haber evidencias suficientes para considerar su existencia. Al principio confundida -probablemente era el mismo discurso- con los socialismos radicales, pero cada vez más clara, no tanto como un problema de voluntades sino como expresión del desarrollo de una dinámica política que poco a poco iba generando las condiciones para que los elementos comunes se vayan clarificando nítidamente.

De las primeras escuelas de Adiego Francia, al Toachi, a la fundación de partidos insurreccionalistas, a la constitución de núcleos que no admitieron la "crítica de las armas" a los primeros contactos con la guerrilla colombiana (93), hay más de 15 años que formaron una vertiente de pensamiento con matrices distintas, una militancia constituida en ese tipo de cultura política, que tuvo oportunidades de relacionarse internacionalmente con fuerzas afines (Viteri; en referencia a autobiografía de Jaime Dávila), de modo que la diferencia existiría. El punto de origen es, como en los otros casos, la ruptura de principios del sesenta, aunque el proceso de constitución de una identidad propia haya tomado mucho más tiempo que a las otras vertientes de la izquierda marxista, no sólo por razones

(93) (1976, cfr., entrevista 1).

ideológicas sino operativas.

La posibilidad de identificar esta cuarta corriente, que no asume identidades propias sino hasta la segunda mitad de la década del setenta, pasa por la observación de algunos hechos en la década anterior, varios de ellos ya señalados:

- Un eje político general que atravesaba la ruptura del discurso marxista en referencia a la lucha armada.

- Una articulación orgánica directa con centros de reproducción política, que en los años sesenta apoyaron ideológica y logísticamente proyectos de insurgencias.

- Una cultura política que insistía en el elemento militar de la capacitación política de los activistas.

-Varios proyectos de unidad de acción entre distintas organizaciones alrededor de la violencia política.

- La existencia de un activismo, y de una dirigencia, internalizada en las prácticas de participación política violenta.

3. CONCLUSION.-

El tema central de todo el proceso de los años sesenta es el de

la Revolución, el mismo que atraviesa no solamente el debate, la ruptura discursiva y la reformulación de los planteamientos de los partidos políticos, así como su propia diferenciación, sino también el clima intelectual de la época, cuyos actores estuvieron de una u otra manera involucrados en este proceso en toda América Latina (Lechner; 1986, p.25 y ss). Efectivamente en torno a los paradigmas que se discutían, cuya utilidad práctica consistía en determinar cuáles eran las características estructurales de las formaciones sociales latinoamericanas, a la necesidad de la ruptura revolucionaria, el debate académico llega a las teorías del subdesarrollo y de la dependencia, antecedentes necesarios e inevitables de la actual producción teórica del continente. (94)

La diferenciación de la izquierda marxista en los sesentas significó la creación e integración de nuevos actores partidarios a su espectro, como los maoismos y los socialismos radicalizados, así como también nuevas modalidades de participación política para legales e institucionales.

El discurso de la lucha armada si bien engendró fundamentalmente una nueva retórica, dio origen por otra parte a una tradición de violencia política izquierdista, minúscula cierto, pero potencialmente creciente. (Entrevista 1).

(94) (Cfr. Sonntag, 1987; Lechner, *ibid*).

El fenómeno de ampliación e integración del espacio marxista es observable no solamente por la serie de escisiones y disidencias que terminarían constituyendo los nuevos grupos y partidos sino por la formulación de nuevos enunciados, de un discurso que se desarrollaba en tópicos distintos y que transformó, además, los códigos y el lenguaje de antes de 1959.

Un elemento adyacente es que la izquierda marxista pasó de referentes bipolares (socialismos y comunismos) a una multiplicidad de posibilidades de interpretación de la teoría política. En cierto sentido hubo una suerte de "apertura intelectual", un tránsito de un marxismo dogmatizado hacia cauces novedosos, aunque es necesario advertir que fue una búsqueda de ejes globalizadores, totalizantes, prácticamente nuevos dogmas, puesto que la apertura teórica y discursiva estuvo condicionada a objetivos predeterminados por el deber ser.

Hay un proceso subsecuente de revalorización de lo político, en tanto la reformulación de nuevos discursos suponen la temática de la Revolución como elemento central. Las enunciaciones conducentes a este objetivo se imponen por encima de las consideraciones teóricas, las mismas que son adaptadas para servirlo. Códigos de representación que priorizan las actitudes y que aluden a pulsiones emotivas, fundamentan los discursos rupturistas. Cabe anotar, al respecto, que esta puede ser una explicación para que los socialismos radicales hayan fundamentado su ruptura prácticamente sin

necesidad de documentación o para que los maoistas hayan asumido las tesis chinas prácticamente sin corrección.

La diferenciación de la izquierda marxista durante los años sesenta causa las identidades discursivas básicas que constituyen los actores de esta corriente, es decir los elementos propios que cada tendencia elabora en sus enunciaciones y que los distingue de las otras a propósito de las percepciones que usan para justificar las otras prácticas políticas. Los ejes del debate constituidos en este momento, si bien constantemente reelaborados, mantienen vigencia hasta fines de los ochenta y siguen siendo susceptibles de concebirse como instrumentos de interpretación de las otras prácticas que conforman el universo de las condiciones de producción del discurso.

Es decir que el discurso que le es específico a cada una de las vertientes que se han distinguido revela un conjunto de prácticas específicas que también las identifica no sólo en su intención con el sistema político, sino en el proceso mismo de constitución de su discurso que expresa también una memoria colectiva e histórica, una cultura política y una visión del mundo discernible, aunque sea en matices, del resto de las otras vertientes. De modo que el discurso como práctica singular evidencia la totalidad social en la que se genera y reproduce. Así, el discurso del Partido Comunista es distinguible de aquel que portan los maoistas o los socialistas radicales no sólo en sus enunciados, sino que ellos

mismos dan cuenta de las contradicciones internas de esa organización, de su inserción en el sistema político, y de las diferencias y conflictos librados al interior de la propia izquierda marxista y de los debates con las otras corrientes.

C A P I T U L O I V

LOS REFERENTES DE LA DIFERENCIACION DE LA IZQUIERDA MARXISTA PARTIDARIA. LOS PUNTOS DE ESCISION.

1. INTRODUCCION.-

Como se plantea en el primer capítulo de este trabajo alrededor de las enunciaciones del discurso pueden discernirse las condiciones en que este fue producido y los procesos en los que adquiere sentido. El discurso puede expresar, por tanto, las relaciones de poder y la forma como los hombres sistematizan la realidad y como transmiten ese conocimiento.

El seguimiento analítico de las transformaciones producidas en el discurso de la izquierda marxista, de las diferencias e identidades discursivas entre los distintos grupos, es un dispositivo válido para advertir la dinámica en la que estos hechos sucedieron. Siendo el discurso por sí mismo una práctica social, no sólo el reflejo de las demás prácticas, un tema específico, en este caso el conjunto de proposiciones ideológicas de los partidos marxistas respecto de su interrelación con la sociedad, puede revelar el contexto en el que fue producido.

Como se plantea en el Capítulo I, el discurso no evidencia únicamente las situaciones que le dan origen vinculadas a los actos de

comunicación, sino que organiza sobre una serie de supuestos culturales e ideológicos que transmiten la historia de la colectividad donde opera (95).

Así, esa lectura se hará sobre materiales oficiales y textos fundamentales en las distintas corrientes. En primer lugar, se examinarán las distintas visiones que sobre la estructura de la formación social: relaciones de producción dominantes, tienen estas corrientes; esto es importante porque de dicha caracterización la izquierda marxista de los sesentas infiere los actores políticos, que en su visión son las clases fundamentales: en una formación social de características predominantemente capitalistas, la contradicción política fundamental sería otorgada a la burguesía y al proletariado, por ejemplo, mientras que si hubiesen encontrado grandes proporciones de feudalismo, los terretenientes eran un contradictor de su política y una fracción burguesa adquiriría un rol democrático. Estos elementos fundamentan la táctica y estrategia de los partidos y, por lo tanto el tipo de práctica política que priorizaban en ese momento.

Un elemento central de estas definiciones es el atinente a las formas de lucha, y dentro de ello, a la definición que respecto de la participación política violenta, asumen las distintas vertientes, cuya inferencia es el resultado discursivo de un análisis previo de las condiciones materiales de la formación social. Es

(95) (Poloniato y Rodríguez, 1987, 7 y ss.)

a partir de estos ejes donde se encuentran las diferencias entre las distintas vertientes, las mismas que, contextualizadas al momento histórico y a la dinámica específica de cada uno de los partidos, así como pensadas en el marco de un proceso general similar en América Latina, dan cuenta de un proceso que trasciende, en el análisis los límites del contenido que portan los enunciados para configurar un sistema complejo de relaciones que dan cuenta del proceso político de la izquierda pensado como una totalidad.

Ahora bien, el discurso político, en tanto implica una estructura interpelativa que intenta articular distintas expectativas y fuerzas sociales alrededor de una propuesta de hegemonía enunciando sentidos emanados de varios polos estructurales, no es único. De hecho un mismo actor puede suscribir distintos discursos dirigidos a diversas clases o grupos sociales o diversas expectativas (Laclau Ibid, De Ippola, op.cit.), cosa que ocurre con la izquierda marxista ecuatoriana. Estas consideraciones han vuelto necesario que en el presente trabajo, los cortes analíticos aludan a elementos comunes de los distintos discursos de los partidos, y que se use además para el caso el mismo lenguaje -similar estructura simbólica- que ha internalizado la cultura política de la izquierda marxista: caracterización de la conformación social, las fuerzas de la revolución y las de la contrarrevolución; el carácter de la revolución; la sociedad que se persigue; y las formas de lucha así como el tipo de partido necesario.

El momento central del análisis es el de la diferenciación de las vertientes de la izquierda marxista que, como se ha argumentado serían tres: la comunista, la maoista y la socialista radical. Es difícil, para el escenario histórico en que se sitúa el primer momento de ruptura del discurso, concebir como plenamente constituida a una corriente subversiva, si bien los elementos que le dan origen ya están presentes, en todas las tendencias, pero particularmente en la socialista radical.

En la medida que el discurso partidario está orientado a generar adhesiones en las fuerzas sociales a las que convoca, y de acuerdo a los presupuestos teóricos expuestos en el primer capítulo, para este caso particular, el discurso supone por sí mismo una acción, por ello, además, se ha escogido solamente textos partidarios, a pesar de que el pensamiento político de la izquierda y sus vertientes permea a otras esferas de la sociedad.

De esta forma, los textos del partido Comunista darán cuenta de esa tendencia; los del Partido Comunista Marxista Leninista, del maoismo (96), que si bien fue concluida en marzo de 1970, se elaboró sobre una serie de documentos previos redactados durante la ruptura, muy difíciles de conseguir.

(96) (Fundamentalmente la LINEA GENERAL DE LA REVOLUCION ECUATORIANA).

De la tendencia de los socialismos radicales se ha escogido al Movimiento de Izquierda Revolucionaria surgido en 1965, porque el proceso de su constitución y fundación es análogo al de muchas organizaciones parecidas en América Latina, así como porque en esa organización es más fácil distinguir las influencias generales de la época, además porque su seguimiento en las décadas posteriores podría servir para establecer comportamientos generalizables en toda esta vertiente. Esto no quiere decir que esa haya sido la organización más numerosa, ni la más representativa, cosa que probablemente si fue el PSRE, organización que también será estudiada, pero que por estar atravesado por una serie de elementos heterogéneos desde su desprendimiento del viejo socialismo, y por tener un comportamiento histórico "atípico" desde el punto de vista de esta clasificación, su discurso estaría condicionado en mayor medida a la coyuntura.

Este análisis enfatizará los distintos elementos que constituyen el discurso, a fin de contextualizar el momento en que fueron producidos y de identificar básicamente los enunciados que constituyen a cada una de las tres tendencias, que es el objetivo central del trabajo. No es, desde esta perspectiva analítica, necesario hacer una lectura semántica de dicho discurso, ni tampoco la indagación de los elementos de corte simbólico. Sin embargo es preciso señalar que el discurso, es el resultado de procesos de internalización de perspectivas míticas que pueden o no ser valoradas, pues en

el propio marxismo algunos dogmas asumirán la forma de "mitos", con una función interpelativa que cumplir (97).

Para cumplir estos propósitos el discurso marxista será leído en relación a la caracterización de la formación social, lo cual aparece en los documentos remitiéndose al análisis de las relaciones productivas dominantes en el Ecuador, según los partidos de la izquierda marxista. Aquí se encuentran las primeras diferencias y el debate central se levanta sobre el grado de desarrollo capitalista y el peso de lo que se llamaban "rezagos feudales", elementos centrales en la percepción partidista para definir una estrategia de "revolución socialista" o un fase intermedia de "transformaciones deomocrático burguesa". Estas son las premisas que sirven de fundamento a los partidos y vertientes para definir los actores políticos, en términos esquemáticos: el campo popular revolucionario y el campo de la explotación. La segunda fase de este capítulo tratará, pues, de las diferencias que en el proceso enunciativo se observan entre las tres corrientes estudiadas a propósito de cómo evalúan al proletariado, a la burguesía, al campesinado, etc, y el rol político que se atribuye a cada uno de estos agentes percibidos desde la concepción marxista.

Finalmente, la dimensión de las expectativas, las reflexiones sobre

(97) (Haller y Feher, 1985).

la estructura y sobre las clases sociales encuentran un punto de condensación, que además es central no sólo para entender la diferenciación sino la condición ideológica de la época en la izquierda partidaria, y es el problema de la lucha armada, que en el fondo de los debates articula todas las diferencias discursivas y programáticas, así como las contradicciones históricas y cotidianas, cuestión que aparece en el discurso como elemento del que parece desprenderse el conjunto de prácticas políticas de las organizaciones y la percepción que cada una de las corrientes tiene respecto de las otras.

Cada uno de estos elementos será tratado en forma histórica desde el apareamiento de estas contradicciones y su catalización en el Ecuador, sobre la base de un proceso exterior: Cuba, como se ha afirmado en los capítulos precedentes, hasta completar el proceso de diferenciación casi diez años más tarde, a través de un seguimiento de las modificaciones y contradicciones de los enunciados del discurso seguidos en documentos y fuentes originales en cada una de las vertientes.

2. LA CARACTERIZACION DE LA SOCIEDAD.-

Un enunciado inevitable que es previo a la definición de las condiciones sociales en el discurso marxista partidario es la caracterización del escenario internacional. Al respecto hay que admitir que el pensamiento político del marxismo, prácticamente desde su

fundación, ha concebido los procesos políticos nacionales como elementos de un contexto mucho más amplio, un escenario mundial. Buena parte de la tradición marxista y de las divergencias de escuelas interpretativas ha surgido como el resultado de análisis de contextos globales. El propio Marx es protagonista de procesos de esta naturaleza: sus rencillas con Bakunin o Proudhon, pasan por debatir las condiciones del sistema político mundial. La II Internacional y la propia revolución bolchevique son otros tantos ejemplos en donde las distintas versiones del marxismo se definen a partir de este tipo de caracterizaciones.

En el Ecuador, el punto central de la ruptura de 1931, entre socialistas y comunistas es el de hacia relación a la afiliación o no a la III Internacional, hecho que remitía a la caracterización de la Unión Soviética como Estado Socialista, pero además de los partidos que así se proclamaban de la Europa Occidental.

Este tipo de consideraciones forman parte vital de lo que podría ser una cultura política marxista. La acción y el discurso de todas las organizaciones siempre tienen una amplia ventana mirando hacia el afuera, puesto que el internacionalismo es una de las premisas de la teoría y de la política marxista, las clases sociales, si bien se reproducen en contextos nacionales, pensadas por el marxismo desde un origen económico y no ideológico o cultural, son por principio transnacionales, y son -en la teoría clásica-

también actores políticos.

Este punto es relevante al hecho de que el marxismo militante legítima, en su visión de la sociedad, la posibilidad de existencia de partidos internacionales porque las condiciones materiales del capitalismo generan relaciones de producción y sistemas de dominación que también son internacionales, puesto que provendrían y generarían relaciones entre clases que, a pesar de los distintos espacios geográficos y culturales, existen por encima de esas diferencias debido a causas que hacen relación a la base económica, a la estructura de la sociedad.

Esta premisas orientaron el desarrollo del Partido Comunista Ecuatoriano. Desde su adscripción a la Comintern, la política exterior soviética, aún luego de la disolución de este organismo, fue también la posición política del PC, al igual que la de la inmensa mayoría de organizaciones hermanas en América Latina. No es insólito, entonces, que una ruptura en la cúspide del movimiento internacional comunista haya afectado a las filiales de los países periféricos; tampoco es extraño el hecho de que la apelación hecha por Cuba a la solidaridad del bloque socialista, ante la política del cerco, y boicot de los Estados Unidos, haya internalizado dicho proceso en el seno del movimiento marxista.

En uno de los primeros documentos de evaluación de la Revolución

Cubana, el Partido Comunista Ecuatoriano adhiere a ese proceso formulando un discurso levantado en categorías políticas que pocos años más tarde sus propias disidencias y contradictores, desde el mismo espacio de la izquierda partidista, levantarían en su contra: "La Revolución Cubana ha destruido el mito del fatalismo geográfico, que sostenía que los pueblos latinoamericanos no podíamos vencer al imperialismo yanqui...el armamento del pueblo, son ejemplos y orientaciones que las masas ecuatorianas asimilan y que marcan el camino de la salida revolucionaria de la crisis en que nos debatimos" (98). Para ese entonces la percepción que tenía el PC-Ecuatoriano del escenario mundial era bipolar, de alguna manera una consecuencia inevitable del conflicto ideológico durante los años de la Guerra Fría: de un lado la Unión Soviética, liderando el bloque socialista cuyos intereses eran comunes con los de las naciones colonizadas y en procesos de liberación nacional; y de otro, los Estados Unidos la representación más genuina de los intereses imperialistas que se confundían con los de las oligarquías, en el caso ecuatoriano con los sectores tradicionales de la economía.

Un elemento especial constituían las naciones que desarrollaban procesos anticoloniales, que bajo las predicciones de este tipo

(98) ("Lucha para la transformación radical del país". Resolución del Pleno del Comité Central del Partido Comunista del Ecuador Guayaquil, Octubre, 1960, en: Saad, IV, Tomo, p.119).

de análisis tenían un futuro no capitalista (99).

El PCE adhería abiertamente a cualquier declaración que se formulara en la URSS. Sustentaba, entonces, que la superioridad del mundo socialista era inminente, que esa generación soviética viviría el comunismo, que el ritmo de crecimiento industrial del campo socialista superaría en pocos años al capitalista y que la cooperación socialista devendría en unidad polifónica (Resoluciones del VII Congreso del PC, marzo 1963, en Saad, Tomo V, op.cit.).

Un elemento interesante es que, siendo el VII Congreso del PC, reivindicado por los maoistas como aquel en el que impusieron su posición, en el análisis de la situación internacional no se menciona a China ni a Mao, y la solidaridad con la URSS tiene la incondicionalidad de siempre.

La Revolución Cubana se convirtió, aparte de la Unión Soviética, en el Leiv Motiv de las posiciones internacionales del PC a partir de 1959, el acercamiento que se hace de este proceso es, sin embargo relativo a las contradicciones que ya se desarrollaban en su seno.

Efectivamente, en 1960, el modelo cubano aparecía amoldándose a las características que la idea del progreso comunista veía en

(99) (Afirmación suscrita prácticamente en todos los documentos que hablan de la situación internacional durante el período de la diferenciación. Con especial claridad en las resoluciones del Pleno del CC. de enero de 1966, prácticamente en forma paralela a la "Tricontinental").

sus sociedades: Reforma Agraria, defensa de los intereses populares, **industrialización**, eran virtudes que el PC descubría en esa época y que, coincidían perfectamente con los propios objetivos que se planteaban para el Ecuador. (100)

La Cuba de los años posteriores un gran impulso para las luchas de liberación de los pueblos latinoamericanos, y sobre todo a partir de la conferencia de PC de diciembre de 1955, sería apoyada oficialmente en un discurso que la asimilaba al campo socialista y a la Unión Soviética.

Aparte del señalamiento de ejemplaridad, y de constatar que un país latinoamericano podía mantener políticas contradictorias con los Estados Unidos, para el PC, la Revolución Cubana no significó, al menos directamente, un referente que obligue a cambiar el discurso, cosa que sí acontecería con las otras vertientes. Documentos posteriores analizan al proceso cubano asimilándolo como una demostración de la línea del PC. Esto, como hemos visto, afectó muchísimo más al PC. El peso otorgado a la Revolución Cubana se traslada al análisis de la situación internacional y no se reconoce explícitamente la influencia de la imagen cubana en las diferentes escisiones sufridas a partir de ese hecho histórico concreto.

(100) (Pleno del CC de 1960, Saad, IV Tomo, pp. 118-119; que fueron diseñados en 1957 como las finalidades de la "revolución agraria antiimperialista").

Es notable, además, observar en la descripción comunista la reiteración en la adhesión a la Unión Soviética y como, en el proceso de enunciación, se otorga un rango superior -sino hegemónico- a la información proveniente de esa nación. De hecho en la documentación oficial de resoluciones del Comité Central y de los Congresos, las referencias personales a los líderes soviéticos son mayores que las hechas a los cubanos. De otro lado, si se compara con la literatura de las otras vertientes, el impacto simbólico de algunas de las imágenes heroicas de la Revolución Cubana, por ejemplo Ernesto Guevara, Fidel Castro o Camilo Cienfuegos, no es suficiente para permear las declaraciones políticas cuya forma analítica no asimila influencias metafóricas o alude a las actitudes. De hecho, la figura del Secretariado General, Pedro Saad, y de un Comité Central adicto a él, parecen invadir la redacción.

Ninguna discrepancia, en términos de política internacional, se advierte en el discurso del PC, pero el ocultamiento de hechos evidentes, que se hace simplemente sin mencionarlos, tales como la ruptura sino-soviética, demostraría -por suposición contraria- que las contradicciones partidarias eran francamente profundas.

En ese contexto mundial maniqueo, la formación social ecuatoriana es descrita en términos muy parecidos a aquellos que definió el VI Congreso de la III Internacional, percepción teórica que fundamenta la línea del PC hasta el año de 1978.

"Los países coloniales y semicoloniales (China, India, etc.) y los países dependientes con gérmenes de industria y, a veces, con un desarrollo industrial considerable, insuficiente, sin embargo para la edificación socialista independiente; con predominio de las relaciones feudales medioevales o relaciones de modo asiático de producción, lo mismo en la economía del país que en su superestructura política finalmente, con la concentración en manos de los grupos imperialistas extranjeros de las empresas industriales, comerciales y bancarias más importantes, de los medios de transporte fundamentales, latifundios y plantaciones, etc. En estos países adquiere una importancia central la lucha contra el feudalismo, las formas precapitalistas de explotación y el desarrollo consecuente de la revolución agraria, por un lado, y la lucha contra el imperialismo extranjero, por otro". (101)

El comentario hecho por Pedro Saad a esta cita evidencia claramente el nivel de influencia de aquellos análisis sobre el PC: "Es decir, la Internacional Comunista definía las características de la revolución en estos países como una revolución agraria-antiimperialista, nacional liberadora" (Idem).

El PC, siguiendo esa vieja matriz de razonamiento definía al Ecuador como una sociedad dominada por el imperialismo estadounidense, no sólo en términos económicos, sino políticos, a lo cual debía añadirse su status de nación agredida pues el PC responsabilizaba a los Estados Unidos de la pérdida territorial en la guerra de 1941 con el Perú (102).

Otro de los planteamientos de 1961 era la existencia de enormes regazos feudales, características "dignas de la Edad Media" (103),

(101) (Citado por SAAD, Pedro, en "La revolución ecuatoriana y sus características, op.cit. p. 264).

(102) (Ibid. p.262. La inclusión de este último elemento, que luego se convirtió en parte de la tradición antiimperialista

(103) (Ibid, p. 263)

sobre todo en el campo.

Finalmente, la forma del régimen político era definida por la falta de democracia. En una frase existían condiciones para una revolución nacional-liberadora, "Ese es el tipo de revolución que el Ecuador requiere. Pero no sólo el Ecuador: es el tipo de revolución de todos los pueblos coloniales y dependientes" (104).

El VII Congreso del PC reafirmará totalmente esta caracterización en el año de 1963. (105), y en 1966 el Pleno del Comité Central ratificará estas concepciones. (Saad T.V., 197-265).

De la misma manera que en el tratamiento de la problemática internacional, el PC no evidencia sus contradicciones en los documentos oficiales. Apenas una leve referencia a la fracción de Echeverría, calificada de ultraizquierdista y divisionista, da cuenta del proceso de ecisión maoísta; y ninguna mención a los grupos que se integran a las vertientes socialistas radicales.

El PCMLE, por su parte, rescata explícitamente la línea adoptada por el Partido Comunista en su VII Congreso, pero lo interesante es que ese rescate clarifica los puntos de diferencia que finalmente pesarían, pues la línea del PC no varía sustancialmente desde 1957, y como hemos observado, desde el análisis de la propia III Internacional que fuera discutido en su momento por Ricardo Paredes en

del marxismo ecuatoriano, coincide con la reactivación del espíritu nacionalista desatado en la campaña electoral del 60 de Velasco Ibarra, quien desde la Presidencia de la República haría de éste un tema fundamental para la conducción política).

(104) (Ibid, p.265)

el VI Congreso.(106). Es decir tanto la caracterización de la formación social ecuatoriana, cuanto las tareas de la revolución pretendida, no habrían sido los puntos de ruptura. El énfasis de aquel proceso está dado en las actitudes: asumir la revolución como un hecho inmediato y la vía armada, lo cual no implica introducir otros elementos tales como la locación del poder dentro del partido, el manejo de los recursos, el acceso a las redes partidarias, etc, lo cual trasladaría el punto del análisis a las condiciones de reproducción del sistema político ecuatoriano, y a la introducción de elementos para pensar temas como cultura política y forma de régimen (107).

Otro hecho definitivo en la diferenciación de la vertiente maoista fue la adhesión a la política del Partido Comunista Chino en la gran ruptura con el PCUS. De hecho el marco teórico de su acción política tomó el nombre de "Marxismo-Leninismo-Pensamiento de Mao Tse Tung". La Unión Soviética se convirtió en un estado "revisionista" como pasó previo a la calificación de "social-imperialista" y "hegemonista", y la versión maniquea del PC fue reestructurada con la inclusión de la URSS en el lado oscuro. (108)

La nueva vertiente indentifica los intereses internacionales de la Unión Soviética con los del PC y los describe como "apéndices

(105) (Resoluciones VII Congreso Pc, op.cit, p.45.)

(106) (Páez, 1987)

(107) (Menéndez-Carrión, 1986; 1988).

(108) (PCMLE; 1970, 112 y ss.)

de las clases dominantes y sirvientes del imperialismo y los reaccionarios". La política soviética se distinguiría desde entonces por sus esfuerzos por sofocar la revolución en todo el mundo (Idem). Estos son elementos nuevos que no aparecieron en los documentos del VII Congreso del PC, el que más bien, con el apoyo de esta corriente menciona a la Unión Soviética en su papel de vanguardia de la revolución mundial.

La Revolución Cubana, que fuera intensamente apoyada por los maoistas, y de cuya importancia en la definición de la corriente fraccional, hay evidencia documental (Política op.cit.), es repudiada también, sobre todo a partir de la "Tricontinental", y de la identificación de Cuba con la Unión Soviética y los PC:

"Pero ya desde 1961, los dirigentes cubanos comenzaron a ceder ante la política revisionista de Jrushov y, posteriormente, unidos con los viejos revisionistas cubanos en un solo partido se entregaron en manos del revisionismo soviético, se solidarizaron con la política de los partidos revisionistas latinoamericanos a los cuales habían combatido en el pasado y comenzaron a frenar el desarrollo de la revolución cubana a la cual finalmente han estancado y hecho retroceder traicionando los intereses del pueblo cubano. (109)

Este rompimiento supone, también, la separación definitiva de aguas con los otros grupos izquierdistas que se solidarizaban con Cuba. Los principales puntos de contradicción, aparte de aquellos que

(109) (PCMLE, 1970, 136)

menciona el papel revolucionario o no de la isla, son las concepciones aventureristas y toquistas -antipartido leninista- que se habrían desprendido hacia los émulos del proceso cubano.

Esta posición política, adicta a la China, supone la creación de redes y lazos orgánicos con el PCCh, el viaje de decenas de cuadros partidarios a ese país, y la inclusión en una suerte de internacional maoista.

Por supuesto, las tesis sobre la formación social ecuatoriana, cambiaron en su forma de aquellas que habían sido pensadas en el viejo PC y asumieron una imagen más oriental: idéntica a las que Mao formulara en la década del 20 para su propio país. El Ecuador es caracterizado como una sociedad en donde el capitalismo ha tenido un desarrollo relativo, con rezagos precapitalistas determinantes que permiten calificarlo como "Semifeudal". La clase obrera industrial es poco numerosa y el campesinado se reproduce en instituciones de trabajo gratuito, semigratuito y de "usura". (110)

De otro lado la sociedad ecuatoriana habría sido "semicolonial" por la penetración del capital extranjero desde fines de la Colonia y el norteamericano, especialmente desde comienzos del siglo XX, habría impulsado el crecimiento desmesurado de una burguesía comercial que frena el desarrollo del país. Problemas como lo del monocultivo, los programas de asistencia, etc, serían la base para demostrar una penetración que controlaría también el sistema político.

(110) (PCMLE, 1970, p. 10 y ss.)

incluso los partidos. La presencia imperialista llegaría a todos los niveles, lo educativo y cultural, hasta los boy scouts y el Club de Leones habrían sido pruebas de esta caracterización que se definía como "neocolonial", curiosamente hasta 1978, año en que la línea es reformulada.

Los socialismos radicales ecuatorianos, en cambio, admitían a Cuba como el referente internacional principal. Al igual que la mayoría de organizaciones similares en América Latina, la ruptura sino-soviética no fue vista como un problema central, y a pesar de la importancia que tuvo para los PC, los elementos que se desprendieron de ellos no llegaron a cuestionar necesariamente la política de los países extracontinentales. El problema fue de actitudes y de asimilación de las imágenes, de la recuperación y creación de símbolos. Cuba fue el entorno en que una corriente heterodoxa a la que no importaba fundamentalmente el debate internacional encontró los signos que necesitaba para la justificación de la acción directa entre otras cosas porque la reflexión del marxismo de los viejos socialismos y comunismos, eludía precisamente el contacto con las realidades (Cfr. Entrevistas; Rama Carlos, op.cit. pp. 119-121).

La experiencia cubana habría galvanizado los intereses de una generación de latinoamericanos, supone la participación de sectores medios en los objetivos de la izquierda, en fin, la apertura de

espacios distintos a los de los Partidos Marxistas. (111)

En términos internacionales la revolución cubana habría vuelto, dentro de esta corriente, los ojos hacia América Latina, desprendiendo -precisamente- del punto de mira de los partidos izquierdistas al contexto mundial y sobre todo a la Unión Soviética, y a la percepción de la presencia norteamericana en América Latina, filtrada con los condicionantes de la Guerra Fría. El antagonismo, fue concebido desde entonces, con los intereses nacionales del subcontinente y no -como antes- con las fuerzas de la revolución a nivel mundial, cuyo adalid era la URSS.

No hay, por tanto, en estos grupos -como en la Cuba de los primeros años- una necesidad concreta que justifique el reconocimiento o la condena de la Unión Soviética o de China, lo que sí existe es una fuerte ligazón hacia Cuba, que por otra parte desarrolla una política de apertura indiscriminada hacia los grupos radicales, sin llegar a diseñar políticas hegemónicas, al menos en lo que a programa o línea política hace relación.

Estos elementos generales se reproducen también en el Ecuador. De acuerdo a los testimonios la valoración de la experiencia caribeña impacta en el sistema de representaciones del activismo de izquierda por su contenido latinoamericanista y por la inminencia de la acción política revolucionaria. Hay que anotar, sin embargo, (111) (Rama, 1976, 123)

que buena parte de los cuadros que formaron los socialismos radicales dejando el PC pertenecían a la juventud. En realidad eran adolescentes; no ocurre lo mismo con el ala del Socialismo -PSRE- que se escinde con dirigentes nacionales, muchos de los cuales incluso tuvieron representación en instancias de toma de decisión del Estado, mientras que otros fueron dirigentes nacionales y regionales de organizaciones gremiales. En este caso, si bien la adhesión a todas las implicaciones discursivas del castrismo y el guevarismo es igualmente incondicional, existe una elaboración teórica previa al proceso cubano que llega a plantear con claridad tesis que serán discutidas veinte años después. El documento de Manuel Agustín Aguirre, que reproduce un discurso conmemorando el 1º de Mayo de 1952, reeditado varias veces -incluso en los ochentas-, plantea con claridad las diferencias con las versiones comunistas y muestra una base discursiva sobre la que se asentarían los socialismos radicales, si bien, como se ha anotado, el problema de las divergencias se planteaba sobre todo al nivel de las actitudes y representaciones:

"No podemos afirmar que la Sierra sea únicamente feudal sin cometer un gran error; pues, sin contar con la penetración capitalista que significan las empresas más o menos mecanizadas, donde predomina el salario, tenemos que los mismos latifundios de características feudales, no constituyen economías cerradas y de autoconsumo, sino que dependen del mercado y de los precios, ya que no se produce para consumir, característica estrictamente feudal, sino para vender. No se producen valores de uso sino mercancías. Aún la pequeña propiedad, el minifundio, donde prevalece la economía natural, autoconsumo, está dependiendo del mercado donde se cambian los escasos productos por otros indispensables para la subsistencia del productor". (112)

(112) (Aguirre, op.cit, p.13)

El enfoque que hace Aguirre de la sociedad produce la definición de "Capitalismo Neocolonial" (113), concepción que es asumida por el MIR, también por ejemplo, organización que la mantiene hasta el año de 1982. El propio PSRE, y otras organizaciones de la radicalidad socialista matizarían en el futuro dicha noción con el adjetivo "dependiente", pero lo que se describe en realidad es la relación del Ecuador con los Estados Unidos.

Hay una constante a lo largo de las distintas visiones acerca de la sociedad de la izquierda marxista, que es el nexo entre el deber ser sugerido y el análisis, y es la transmisión automática de las características de la sociedad al Estado. Este tipo de acercamiento, además, consdiera al sistema político como un epifenómeno de la estructura, a partir e la afirmación clásica de Lenin que plantea que el Estado es la máquina de opresión de una clase sobre otra, apreciación que refleja una correspondencia automática entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción como determinaciones unívocas de la super estructura política, lo cual supone el otorgamiento de roles políticos implícitos a las clases, como reflejo de la base económica, concepción que no agota las propias premisas del pensamiento marxista y que ofrece un esquema reducido y estructuralista de la política. (114)

(113) (Ibid., p.15)

(114) (Laclau, 1981)

El "Leninismo" fue uno de los paradigmas que no llegaron a cuestionarse jamás en la ruptura: sin embargo, la década del sesenta no fue todavía el escenario temporal en que las distintas organizaciones asumieron el debate del marxismo con los clásicos en la mano citándolos a la usanza escolástica. Ese estilo de producción política se daría sobre todo en los años setenta, lo que no quiere decir que, sobre todo en la dinámica de ruptura entre el PC y su fracción maoista, buena parte de la discusión haya girado alrededor de la preservación de la pureza del pensamiento comunista y de los teóricos reconocidos oficialmente.

La izquierda socialista radical también se proclamaría leninista, pero siendo la suya una visión que delimitaba el escenario en América Latina, prefirió llamarse "Guevarista", y se abrió a toda suerte de influencias, no todas ortodoxas, como el propio pensamiento de Ernesto Guevara, de quien sobre todo se recuperarían sus textos sobre la guerra de guerrillas, una carta al seminario Marcha uruguayo, que se volvería famosa con el título "El hombre y el Socialismo en Cuba", el "Mensaje a la Tricontinental" y los "Pasajes de la Guerra Revolucionaria" (115).

El MIR, por ejemplo, en aquellos años publicó materiales de autores tan diversos como contradictorios: Henri Lefevre, Ernesto Guevara,

(115) (Cfr. Entrevistas: Lamberg, op.cit. pp.12-17. Estos textos se caracterizan por un apasionada defensa de la revolución cubana y de la lucha armada, así como por los denuestos contra el sistema capitalista y el imperialismo. Si bien no exponen una interpretación nueva o sistemática del marxismo, la forma que adquirieron la diferencia claramente de la Literatura marxista clásica y de la producción de los

Ernest Mandel, Herbert Marcuse, Camilo Torres, Mario Vargas Llosa (116).

Pero la declaración de guevarismo suponía también la admisión de las tesis que no otorgaban importancia determinante a la supuesta "Feudalidad" del continente. En realidad el problema era la revolución y para que ella no sea caricatura, en palabras de Guevara, tenía que ser "socialista", asertó que se veía respaldado políticamente por la llamada "Segunda Declaración de la Habana", documento en que Fidel Castro hace un análisis de América Latina y que fundamenta las posiciones de los grupos a la izquierda de los PC, llamando abiertamente a la insurrección violenta por el socialismo.

Las consideraciones que los partidos marxistas ecuatorianos elaboraron sobre la formación social estuvieron, también, atravesadas por la influencias de carácter externo. En realidad son una muestra más de un proceso político que cubrió a toda América Latina. Esta perspectiva, la diferencia en los análisis revela la construcción de proyectos políticos distintos con referentes que superaban las fronteras, pero esas caracterizaciones tenían por lo menos una segunda lectura e implicaciones más profundas: de la caracterización de la sociedad se desprendían los sujetos sociales de la revolución y sobre todo la vía que ésta asumiría, que parece ser en realidad

partidos. Las constantes referencias éticas y los recursos metafóricos invitan a la acción inmediata. No dejan de ser textos políticos, pero en ellos la teoría se subordina a la consideración de las necesidades de la práctica; el discurso político está permeado por el literario.)

(116) (Entrevistas; Cuadernos revolucionarios N° 1, MIR, Ecuador., 1967)

el tema dominante y la piedra de toque de todas las rupturas. La vía revolucionaria, que tuvo que ser justificada programáticamente por los partidos, de otro lado fue el nexo, la continuidad, entre la tradición histórica y discursiva de la izquierda, con un entorno que planteó definiciones en torno a las actitudes. El discurso político parece haberse configurado como función de esta exigencia.

3. LOS SUJETOS DEL PROCESO DE TRANSFORMACION.-

La separación antagónica de las fuerzas sociales, en donde los matices apenas si tienen cabida, es otra de las constantes de la visión de los discursos partidarios marxistas de la época. La revolución agrupaba sus fuerzas de acuerdo a indicadores estructurales, y la reacción se constituía de la misma manera.

Para el Partido Comunista, con un Ecuador dependiente del imperialismo y en medio de grandes rezagos feudales, existían: (117)

- Una gran burguesía, vinculada al imperialismo que es su intermedia.
- Una burguesía media y altas capas de la pequeña burguesía cuyos intereses podrían chocar con los del imperialismo y eventualmente identificarse con los del bloque revolucionario, lo que podría

(117) ("La revolución y sus características", Saad, T. IV, op.cit).

llamarse una burguesía nacional.

- Una pequeña burguesía urbana.

- Una clase terrateniente feudal, políticamente retrógrada funcional a los intereses de la gran burguesía y aliada estratégica del imperialismo.

- Una pequeña burguesía urbana, que a pesar de ser vacilante, en el contexto de la alianza de las fuerzas populares, puede integrarse a ellas y adquirir dimensiones revolucionarias.

- El campesinado, que comparte los intereses estratégicos de la clase obrera y que es la fuerza más numerosa de la sociedad.

- El proletariado, fuerza motriz del proceso revolucionario, clase dirigente, cuyo papel político -definido por el lugar que ocupa en la producción según la teoría clásica- no se determina por su número sino por la capacidad de adquirir conciencia revolucionaria de clase.

En el año de 1962 ya en el PC, cuando Pedro Saad define las clases sociales en el Ecuador, hay una referencia a las posiciones que habrían afirmado que los campesinos serían la vanguardia en la revolución nacional liberadora (118). El papel protagónico del proletariado se reafirma por el hecho de que no posee sino su fuerza de trabajo y tampoco posee ligazones extraeconómicas con las clases dominantes. de la misma manera en el VII Congreso se vuelve a discutir esta temática y parece no haber habido mayor resistencia a admitir la clasificación de la línea oficial. Sin embargo en

(118) (Ibid. p. 276)

los documentos de este evento se mencionan corrientes izquierdizantes, así como de derecha, que habrían impedido la consolidación de la política partidaria planteando tesis políticas reñidas con aquellas del Comife Central. (119)

De otro lado, una vez producida la ruptura, el PCMLE que había previsto una sociedad semifudal y semicolonial, distingue las siguientes clases sociales en el Ecuador (Línea General, op.cit)

- Los terratenientes, que sin embargo de oponerse al desarrollo de las fuerzas productivas, habrían sido siervos del imperialismo.
- La burguesía proimperialista: banqueros, industriales, comerciantes, quienes habrían conformado una estrecha alianza con los terratenientes y los intereses norteamericanos.
- La burguesía nacional, cuyos intereses chocaban con los del imperialismo, concebida como una fuerza intermedia, que no siendo uno de los componentes del campo revolucionario, durante la etapa anti-feudal y antiimperialista, por sus propios intereses, eventualmente podría plegar a las fuerzas del pueblo.
- La pequeña burguesía urbana: intelectuales, estudiantes, escritores y artistas, maestros, profesionales medios, burócratas, artesanos, pequeños comerciantes y choferes. Esta clase habría tenido las determinaciones estructurales necesarias para participar en el proceso revolucionario, sometida a vigilancia por parte de los

(119) (Saad, T.V. p. 96).

estratos populares.

- El semiproletariado urbano, que habría estado compuesta por individuos sin estabilidad laboral y en condiciones precarias de reproducción, explotados por el feudalismo y el imperialismo, cuya situación los habría vuelto susceptibles a conductas lumpen y anárquicas, pero que forma parte de las fuerzas de la revolución.
- El campesinado, que a su vez se dividía en campesinos pobres, campesinos medios y campesinos ricos. Su condición de explotados los habría convertido en una fuerza revolucionaria natural.
- El proletariado, clase dirigente del proceso, con un componente fundamental: los asalariados agrícolas.

El PCMLE enfatiza la necesidad de concebir al campesinado como una clase "principal", del mismo modo que otorga importancia determinante a los asalariados agrícolas. Por otra parte, la razón más abundantemente expuesta por la que el proletariado ecuatoriano no había asumido su rol revolucionario, era por la presencia de la dirección del PC, a la que acusa de desviar sus objetivos.

Si bien el mapa de los estratos sociales del Ecuador no es idéntico en el caso de ambos partidos comunistas, los razonamientos para otorgar funciones políticas a las clases no difieren demasiado, como tampoco las expectativas que otorgan a esos grupos sociales. En realidad ambas concepciones son muy parecidas. Sin embargo, los hechos

particulares que atañen a sus contradicciones se evidencian, sobre todo en el PCMLE, con virulencia.

El esquema planteado por ambos partidos, con estos antecedentes, sigue en términos generales siendo el mismo de 1928. La utilización de la teoría marxista en el discurso tiene, por otra parte, un objetivo movilizador. Los datos empíricos que aparecen en los documentos son escasos, y el lenguaje se caracteriza por la utilización de recursos retóricos. La definición de las clases sociales, además aparece como una consecuencia inevitable de la previa conceptualización de la sociedad ecuatoriana, como una traslación rigurosa de el esquema societal que Marx planteara en el Manifiesto Comunista.

La corriente socialista radical opera en forma similar en su casificación social del Ecuador. La percepción de la formación social deviene en la formulación de las clases existentes. Ahora bien, esto que aparece en el documento de Aguirre, debe ser relativizado al hecho(en el que ya se ha insistido) de que para los integrantes de esta tendencia lo fundamental eran las actitudes respecto de los problemas que planteaba el cambio revolucionario. Desde esta perspectiva el uso de categorías teóricas distintas en el discurso político, más que la fundamentación de la acción, habría tenido una función identificatoria frente a las otras tendencias (120).

(120) (Entrevistas).

Los escritos de Ernesto Guevara y de Fidel Castro, por ejemplo insisten en la necesidad inmediata de desarrollar las luchas revolucionarias, pero el carácter de éstas, definido por el análisis de las formaciones sociales, es secundario al hecho de la existencia de términos significativos en el nivel de las imágenes, pero vagos conceptualmente; básicamente dos elementos: la opresión de las clases dominantes sobre el pueblo, y la prepotencia de la dominación estadounidense sobre América Latina. El "socialismo" mencionado en muchos de los discursos como característica de las revoluciones del continente, no habría tenido que ver con las características de las sociedades sino con la declaración de "socialismo" hecha por Cuba, luego de la presión norteamericana en Bahía de Cochinos.

Esto no quiere decir que la función identificatoria del discurso no haya provocado un fenómeno paralelo conducente a la búsqueda de elementos para definir la sociedad. De hecho las ciencias sociales latinoamericanas deberían parte de su desarrollo actual a la discusión provocada por esta corriente izquierdista. (121)

El socialismo revolucionario, a través de distintas versiones, planteaba básicamente los postulados de su dirigente Aguirre cuya visión de la sociedad tiene una explicación historicista: las clases burguesas, incapaces de llevar adelante su misión: la cons-

(121) (Cfr. Ribeyro, Rama, Lechner, Sonntag).

trucción del capitalismo, puesto que son la prolongación de la clase terrateniente, habrían sido las responsables de la construcción de una sociedad capitalista neocolonial. Desde este punto de vista las clases dominantes tendrían dos posibilidades de constitución: burguesía terrateniente, o terratenientes burgueses, una "Semiburguesía" orientada hacia los intereses imperialistas (122).

Sus intereses, en la medida que está estructuralmente vinculados tanto a las formas tradicionales y precapitalistas de producción como por su articulación a los del capitalismo mundial y del imperialismo, no habrían sido una base material que permita pensar que pudiesen desempeñar un rol de apoyo a los procesos de cambio de modo de producción; al contrario las determinaciones de clase les impedirían a actuar políticamente por la reproducción del sistema.

De igual manera, las "clases medias o pequeña burguesía" (Idem), se adscribirían al sistema, por su situación estructural, pero como el capitalismo en su curso natural las arroja a las filas del proletariado, tendrían sólo en esa medida cabida en las huestes transformadoras, de la misma manera que sectores inferiores como el lumpen proletariado.

(122) (Aguirre, pp. 11-13).

Solamente el proletariado sería la clase revolucionaria, el mismo que asumiendo un rol dirigente, en alianza con el campesinado, llevaría adelante la transformación de la sociedad, no en etapas, hacia el socialismo.

Sobre este mismo problema los dirigentes cubanos, cuyas declaraciones, escritos y discursos se consideraban automáticamente integrados a la línea de los grupos socialistas radicales, habían hecho algunos pronunciamientos. Sin hacer un análisis exhaustivo de la base económica latinoamericana según las premisas marxistas (Tanto Guevara como Castro están más hombres de acción que de teoría), en la Segunda Declaración de la Habana, Fidel Castro distingue para el continente "una industria subdesarrollada con un régimen agrario de carácter feudal", para inmediatamente hablar de "núcleos de combatientes" en abstracto, sin otorgarles dimensión clasista, al mismo tiempo de masa campesinas que por el estado de incultura necesitarían una dirección revolucionaria y política de "la clase obrera y de los intelectuales revolucionarios" (nótese que van asimilados), para concluir:

"En las actuales condiciones de América Latina, la burguesía nacional no puede encabezar la lucha antifeudal y antiimperialista. La experiencia demuestra que en nuestras naciones esa clase, aún cuando sus intereses son contradictorios con los del imperialismo yanqui; ha sido incapaz de enfrentarse a éste, paralizada por el miedo a la revolución social y asustada por el clamor de las masas explotadas" (123).

(123) (Guevara, 1977, 236).

Estos textos evidencian nuevamente el carácter latinoamericano de los procesos de diferenciación política, y prueban la actitud aperturista, a veces indiscriminada de Cuba, hacia las agrupaciones heterodoxas latinoamericanas. La imagen de la revolución cubana, supuso, por otra parte, implicaciones que atañían directamente a los fundamentos sobre los que se levantaban los PC, al tiempo que otorgaba cimientos a prácticamente todos los niveles de la expectativa de las disidencias radicales, pues no sólo se transmitió el símbolo de la guerra como posibilidad de participación política de los marxistas, sino que cierta justificación teórica para sostener las discrepancias fue emitida en un contexto absolutamente favorable para la asimilación de cualquier pronunciamiento ideológico tanto más si éste tenía pretensiones analíticas.

Ahora bien, es observable el hecho de que tanto la descripción de la realidad como de los actores sociales que hace la izquierda marxista de los años sesenta en el Ecuador, está atravesada por las necesidades políticas que exige su micro escenario. El problema no se habría definido alrededor de las perspectivas teóricas para comprender y justificar las prácticas políticas, sino todo lo contrario; en este caso el discurso aparece claramente como una de las prácticas, como el resultado de un contexto en que la enunciación cumple un rol diferenciador, como la evidencia de un escenario mucho más grande, por lo menos latinoamericano, que se cruzaba con las contradicciones del entorno inmediato. Es un discurso

que sirve para identificar actitudes previas frente a los procesos sociales y al manejo de los recursos políticos. Si, por ejemplo, la militancia del PC de Pichincha y su dirección hubiese estado motivada por el hecho de que a lo mejor las becas y el dinero se manejaban en Guayaquil a pesar de la insignificante fuerza del Partido en esa ciudad; si, por ejemplo, los cuadros de dirección hubiesen sido reelegidos eternamente en un sistema de reproducción política que legitimaba relaciones informales: compadrazgos, fidelidades personales, etc.; si, por ejemplo, esa militancia habría mantenido contradicciones de cotidianidad con la dirigencia partidaria; es probable que no solo haya estado susceptible a la influencia de situaciones exógenas que le habrían permitido canalizar sus inquietudes. Entonces el discurso contradictorio no sería simplemente ideología, sino que habría tenido existencia por sí mismo como práctica conducente a la modificación de una realidad, a la Ípar que como expresión de la condiciones sociales del momento en el que fue pensado, pero también como la red de transmisión de un saber histórico y de relaciones de poder que le son paralelas pues, las condiciones de existencia de los PC en América Latina eran parecidas, las contradicciones de la cotidianidad probablemente similares, y con un origen afín rastreable históricamente como parte del devenir de la historia de la humanidad durante este siglo, pues son realidades que correspondían a sus condiciones de fundación al stalinismo, al browderismo, etc.

4. LA VIA DE LA REVOLUCION.-

Sin lugar a dudas el punto fundamental a partir del cual ocurre la diferenciación izquierdista es lo atinente a la forma que el proceso revolucionario debería tener en el Ecuador. De su definición dependería el tipo de organización que los marxistas construirían, la formación de la militancia, su relación con la sociedad civil y la acción política frente al Estado. De las evidencias recogidas, se desprende que esta discusión fue anterior a la propia división de los partidos y ampliamente conocida por todos los niveles de las organizaciones; de su resolución dependía la estructura orgánica, la composición de las direcciones, el uso de los recursos, las relaciones internacionales, en fin, fue un elemento que condenaba todo el debate, un punto de inflexión del discurso y de las demás prácticas que involucraba la existencia misma de la corriente y toda la historia previa.

Es interesante observar que por ejemplo dentro del Partido Comunista, hay varios cambios de posición, los mismos que ocurren en forma paralela a las contradicciones internas. En el Partido Socialista, que era una estructura mucho menos homogénea, si bien tuvieron lugar estas inquietudes, no lograron involucrar a toda la organización que funcionaba de acuerdo a los estímulos de la coyuntura, dispersa en escenario fragmentados local y regionalmente. A pesar de ello hay una tradición clandestina a lo largo de toda su historia

sobre todo centrada alrededor de los espacios de inclusión, a los que nunca se negó como partido, provocados por las fisuras institucionales del inestable sistema político.

En el año de 1961 la posición del Partido Comunista es sumamente ambigua: mientras por una parte se plantea que la vía de las transformaciones radicales puede ser pacífica, y que los sectores populares así como la clase obrera la prefieren (124), por otra parte se declara que la elección de la forma del proceso corresponde más que a los revolucionarios a las clases dominantes y se deja abierta la perspectiva de que el proyecto de revolución nacional-liberadora ocurra por medios no pacíficos-. (125)

El VII Congreso de marzo de 1962, define con claridad la vía de las transformaciones: "la transformación revolucionaria del Ecuador no puede alcanzarse por la vía pacífica, por mucho que lo desearíamos (...) esto no significa, por supuesto, que la transformación revolucionaria pueda ser el resultado de aventuras o de acciones descabelladas sin preparación (126), al mismo tiempo el PC resolvía utilizar todas las formas de lucha y declaraba explícitamente su intención de participar en el siguiente proceso electoral, que debió haberse llevado a cabo en 1964.

(124) (Saad, "La revolución Ecuatoriana y sus características", op.cit.p.349)

(125) (Idem. p.353. El PC usa el eufemismo de la "no paz" en todos sus documentos; la palabra violencia no aparece en ellos para definir sus prácticas).

(126) (Resoluciones del VII Congreso, op.cit.p.55)

En septiembre de 1965 el PC ratifica la línea aprobada por el VII Congreso, pero acusa al aventurerismo de los dirigentes maoistas expulsados y a una corriente ultraizquierdista, que habrían intentado malinterpretar las resoluciones, enunciado que es expuesto al mismo tiempo que se criticaba al Partido Comunista Chino, alineándose con la URSS (127). En 1968 se vuelve a insistir en el camino no pacífico (128), pero al mismo tiempo se legaliza un partido para la participación electoral la UDP (que luego se llamará FADI). El PCMLE asume que una de las causas fundamentales de la división habría sido la idea de los dirigentes acerca del "fatalismo geográfico" la misma que habría pensado que en el Ecuador un proceso revolucionario por el socialismo era imposible por la cercanía a los Estados Unidos, eso impedía que se asuman posiciones exigidas por algún activismo, que luego en el nuevo partido hablaba francamente de tomar el poder por la única vía: la insurrección armada popular.

De hecho el escenario mundial post Segunda Guerra Mundial habría dejado a América Latina como una zona de influencia estadounidense, pero la revolución cubana supuso un elemento desequilibrante en la región. Por otra parte, en los años de la guerra Fría, el sistema mundo habría sufrido algunos riesgos de recomposición, y esto se evidencia en un discurso de Jrushov ante los Partidos Comunistas

(127) (Resoluciones del Pleno del CC. Septiembre de 1965, Saad, T.V., pp. 197-241).

(128) (Programa del PC, p. 45)

en el que plante la apertura de un nuevo frente antiimperialista antes innexistente: Cuba, en el año de 1961, el PCE, que había asumido esntusiastamente las tesis de Browder acerca de la validéz del sistema representativo occidental, que debía ser apoyado por los PC, se enfrentó al hecho de la violencia anticomunista, la misma que no fue sólo verbal, y a una serie de provocaciones y atentados dirigidos desde el Estado y desde Norteamérica, con un discurso que todavía reivindicaba la paz, y con una estructura orgánica incapaz de enfrentar inmediatamente la violencia en los comienzos de los años 60 (129). Sin embargo ante un clima agresivo en su contra, con la readicalización de la izquierda latinoamericana, y frente a varias corrientes internas que pregonaban la violencia, tuvo que admitir esa posibilidad, lo cual no fue suficiente para controlar las contradicciones exitentes en su seno.

Para el PCMLE la guerra y la toma de poder fueron sinónimos. Ambas eran tareas de ese presente; en tanto era un objetivo estratégico todas las tareas del partido de una u otra manera confluían en esa dirección, en el discurso. Este es un problema que aparece más extensamente tratado en sus documentos, aunque las tesis teóricas fueran nuevamente una traslación bastante literal del pensamiento de Mao, con algunas referencias a los mandos del ejército norvietnamés. La guerra, siendo esencialmente campesina, tendría que librarse en todo el país, las organismos del partido deberían ser concebidos como unidades de combate; el proceso, que al principio

(129) (Cfr. Agee.)

tomará la forma de la guerrilla, debería luego desarrollar zonas liberadas para cercar luego las ciudades y preparar la resistencia a la intervención de tropas imperialistas (130). No hay, sin embargo, evidencias de que este proyecto político se haya implementado en zonas rurales ecuatorianas por dicho partido, sin embargo algunos activistas fueron desplazados a China y a Colombia (Donde operaba la guerrilla moista del EPL) para recibir capacitación de carácter político-militar. El poder de fuego del partido, sin embargo, se probaría varias veces en la violenta vida política universitaria que se dio en todo el Ecuador durante la década siguiente.

Desde esta perspectiva, esta corriente asume una identidad diferenciada de las otras fuerzas, que veían en el Che Guevara, por ejemplo la materialización de la violencia antisistema. El PCMLE se distancia de los cubanos y plantea una crítica consistente, desde el punto de vista del marxismo clásico, a las formas de violencia implementadas por la insurgencia guevarista latinoamericana, en tanto esas formas no tomaban en cuenta el papel vanguardia del proletariado, ni creían en la vigencia de la dirección política del partido leninista, etc. La ruptura sino-soviético, en ese sentido fue también una suerte de fractura epistemológica; se abandonó el aparataje ortodoxo del PC para asumir un esquema preconcebido fuera del continente al que se lo adaptó para diferenciarse de las otras corrientes marxistas.

(130) (PCMLE, 1970, 154 y ss.)

La violencia revolucionaria fue el elemento que identificó a los socialismos radicalizados. Las lecturas de Guevara, de Regis Debray, de Juan Carlos Marighuella (Brasileño, quien se hizo famoso por un folleto titulado "Manual del Guerrillero urbano"), de los hermanos Peredo, alimentaron la actividad política y discursiva de esta corriente. La lucha armada como mecanismo de la conquista del poder fue el referente de la diferenciación con las matrices originarias y el elemento que provocó adhesiones a sus filas. Ernesto Guevara plantea que es la única forma de lograr el socialismo, puesto que aún existiendo democracias de carácter nacional, el poder quedaría en manos de las burguesías, y puesto que el objetivo de los marxistas revolucionarios sería la toma del poder para los sectores subordinados de la sociedad, esa estrategia asumiría como inevitable la guerra como su expresión política más avanzada; pero era una guerra no prevista hacia el futuro, sino inmediata(131)

En uno de sus textos más conocidos, el "Mensaje a la Ticontinental", Guevara imagina un balance mundial de las fuerzas en conflicto y pinta un escenario apocalíptico en todos los continentes. El discurso es metafórico, en realidad una arenga de combate llena de enunciados mesiánicos. Fantasía sobre la guerra de los pueblos, elucubra con distintos frentes de batalla, imagina el futuro y el curso de los combates mundiales, y vehiculiza la transmisión de las categorías de "lo humano" y del futuro a la noción de la "guerra" y del "guerrero".

(131) ("Táctica y estrategia de la revolución latinoamericana", op.cit.p225 y ss.)

CONCLUSION.-

La tradición política del marxismo ecuatoriano, que en su acción política había tenido que reproducirse necesariamente en las condiciones que su interrelación con el medio imponía. En el caso de la confirmación de su discurso político tuvo que remitirse a referentes externos. Prácticamente desde la polémica desatada por el problema de la afiliación a la Comintern, fueron los textos clásicos del marxismo, incluidos los de Lenin, por una parte, y la documentación de los centros ideológicos internacionales, los elementos sobre los cuales se levantaron los esquemas para entender la realidad nacional por otra. Este problema, es preciso reconocerlo, fue mucho menos importante en el Partido Socialista, en donde se encuentra una serie de teorizaciones correspondientes al momento político que la realidad ecuatoriana vivía; sin embargo, en la década del 60 el proceso de diferenciación volvería a exigir de todas las corrientes, la recurrencia a una base discursiva central, a fin de poder justificar en el discurso los procesos de ruptura. De allí que el "marxismo-leninismo" de los protagonistas principales de la diferenciación, no haya sido cuestionado por ninguna vertiente, al contrario, el problema se planteaba en quien asumía esas categorías con mayor fidelidad.

Sin embargo la versión del marxismo que es desarrollada por la izquierda partidista ecuatoriana supone una escuela de análisis concreta respecto de la sociedad, del Estado y de la política, lo cual es explicable, no sólo por el hecho de que el discurso teórico era

un elemento que siendo práctica política en sí mismo, cumplía funciones que iban más allá de lo ideológico -transmisión de la creencia- sino porque el desarrollo heterodoxo formidable que tuvo la teoría marxista, que se difundiera en la propia década del 60, no era parte del instrumental discursivo de los partidos, cuyos alcances en este sentido admitían básicamente las enunciaciones de dirigentes políticos mundiales de procesos socialistas, o esquematizaciones como las que se producían en la Academia de Ciencias de la URSS.

Esta forma de entender la sociedad y la política reconocida la preeminencia de las determinaciones económicas sobre la superestructura política, y al nivel estatal e instrumental como el reflejo automático de esos condicionamientos, un epifenómeno, un instrumento de dominación, la sociedad fue concebida en blanco y negro, se estaba por ella o contra ella. El análisis -que eludía lo empírico- de lo que se suponía era la base económica arrojaba como resultado las clases sociales, el carácter de la revolución y la vía, así como el tipo de sociedad que debía ser perseguido.

Un análisis superficial de la formación social ecuatoriana caracterizaría a todas las vertientes de la izquierda marxista, pero es tanto menos sutil cuando se evalúa al Estado. Efectivamente, el Estado como el reflejo de la correspondencia de la contradicción entre las fuerzas productivas y relaciones de producción dominantes y aseguraría la vigencia de la propiedad privada sobre los medios de produc-

ción, etc., con lo cual su transformación -siguiendo esta lógica- sólo sería posible si cambian las condiciones de la propia base económica. La otra forma de expresión estatal sería la participación como concepto necesario de la producción misma del capital, con lo que sería de todos modos un elemento condicionado en términos absolutos a la estructura económica. El problema de esta argumentación es que la política queda colgada también a determinaciones absolutos y que la propia expectativa utópica, la imagen -objetivo de la izquierda marxista no tendría sentido. Es imposible pensar en proponer un Estado socialista cuando las relaciones de producción son capitalistas, porque la base condiciona la superestructura.

A pesar de esta debilidad lógica, una segunda característica se levanta de esta premisa en el discurso partidario: el Estado como instrumento. Esta es la percepción clásica leninista que define al Estado como: "La máquina de opresión y violencia de una clase sobre otra ", con lo cual la clase dominante, que se constituye en el nivel de lo económico, usa al Estado como una herramienta exterior para su propia reproducción; sin embargo Lenin, quién sus tenta estas premisas, las destruye en el mismo texto (El Estado y la Revolución, Cap. I) cuando plantea que la opción política para romper la dominación es la destrucción del Estado de la clase dominante. El problema metodológico es que si el Estado es un reflejo de la base es absurdo que como superestructura dependiente transforme esa misma base, que es -a pesar de ello- lo que habría ocurrido

con la Revolución Soviética, pues Lenin paradójicamente asignó precisamente al Estado la tarea de modificar las relaciones de producción y transformar las fuerzas productivas. (132)

La lucha discursiva contra el Estado era la lucha contra el modo de producción vigente en la medida que se creía que su existencia aseguraba de hecho todas las condiciones de la reproducción del sistema y asumiendo el carácter de la clase dominante que correspondía en el análisis del modo de producción supuesto, se convertía en el instrumento de dominación y explotación que había que destruir. Esta visión instrumentalista dejaba sin autonomía a lo político; el espacio de acción de los partidos tenía que asumir una posición por concepto, fundamentalista. Esto probablemente significó la exclusión de algunas dinámicas societales que involucraban espacios de participación política, cuya importancia fue soslayada en aras de los objetivos maximalistas. La visión estructuralista de la sociedad se complementaba, de otro lado, con una percepción organicista-evolucionista de la historia, cuya expresión más rudimentaria es el esquema: comunidad primitiva-esclavismo-feudalismo-capitalismo-socialismo-comunismo, desarrollada por Stalin.(133)

Esta percepción resulta en la reducción de la comprensión de la dinámica societal a la expresión de contradicciones de clases sociales diferenciadas desde la base, portadora genética de ideología,

(132) (Laclau, 1986; 25-60)

(133) (Stalin, 1970)

política y cultura. Según esta práctica discursiva la superestructura existiría, entonces, sólo como la expresión de una realidad preexistente, como las imágenes que el hombre de la caverna de Platón cree que son la realidad, y de la misma manera que en la concepción teleológica de los griegos, los partidos políticos marxistas emprenden la búsqueda de la verdadera realidad a través de la política. El "telos", el objetivo buscado, era también la condición que otorga la cualidad de lo humano. El revolucionario guevarista era el hombre del futuro, el que emprendió la búsqueda para abandonar la caverna hacia la realidad.

Sin embargo lo que existe, lo que en política se "da", son las prácticas, son los hechos, los mismos que se desenvuelven en escenarios históricos concretos y que responden a intereses concretos de sujetos colectivos igualmente concretos. La teorización acerca de las relaciones y modos de producción, como en cualquier otra escuela metodológica, son abstracciones para comprender los procesos que ocurren en la realidad. La caverna misma es la realidad, para continuar con la metáfora, así como el hombre que vive en ella independientemente o no de que emprenda la búsqueda para descubrir el origen de las imágenes que le inquietan. Desde luego que es más fácil asumir lo social como la expresión de una lógica tranquila que se despliega automáticamente sobre las rieles resultantes del desarrollo de las fuerzas productivas.

Sin embargo el propio desarrollo del pensamiento marxista, cuyas

premisas pueden encontrarse vislumbradas fragmentariamente en los clásicos, que empezó a difundirse precisamente durante la década del 60, pero con hegemonía de interpretaciones estructuralistas como las del Althusser o Poulantzas, da cuenta de por lo menos dos posibilidades, que más tarde se convertirían en rupturas hasta cierto punto: de un lado la percepción de la economía como un nivel modificable también desde la superestructura y no como un todo homogéneo hiperdeterminante y de otro, la negación de las clases sociales como agentes que habrían de actuar automáticamente como agentes políticos, ideológicos y culturales solo por su situación respecto a los medios de producción. Esta nueva visión ubicaría, entonces, al problema de lo político en una percepción global que concibe un universo atravesado por contradicciones e interrelaciones que se desprenden de los intereses concretos de los actores concretos, cuya especificidad no puede generalizarse, mediatizarse a una sólo determinación.

Las clases sociales concebidas por los partidos marxistas, y sobre todo las cualidades políticas que se les otorgó, difícilmente existen o existieron en la realidad. Las burguesías nacionales o las pro-imperialistas tienen poco que ver con un escenario que supone una economía mundo, en que los términos de las relaciones asimétricas o no, complejizan en grado sumo el escenario estructural.

Los sectores definidos como monopólicos entraron durante esos años

en contradicción con el imperialismo al que se suponía apoyaban (134).

La situación en el agro, igualmente, no arrojó los resultados de feudalismo proclamados, como se desprendió luego de una década de investigaciones de la temática. (135)

Del mismo modo, la dependencia del imperialismo, y la existencia o no de relaciones capitalistas o feudales de producción, es un debate que se desarrolla luego reconociendo realidades estructurales heterogéneas en América Latina, difícilmente perceptibles con idénticas categorías y conclusiones que Marx usa para definir el proceso de desarrollo europeo (136), cuyas implicaciones políticas redundan en la imposibilidad de atribuir roles semejantes a las clases que se definen en el manifiesto comunista, entre otras cosas porque habría más estratos de los que allí se definen, y porque sus intereses son distintos, precisamente por su localización estructural.

(134) (Por ejemplo en la Conferencia de Punta del Este, en lo que se conoció como "Guerra del Atun", en el problema del Protocolo de Río de Janeiro, las relaciones ecuatoriano-norteamericanas fueron discrepantes, sino tensas, en varias ocasiones, durante gobiernos cuyos representantes habían pertenecido estructuralmente a la "burguesía proimperialista" según la definición de la izquierda de aquellos años).